

adelantándole la invitación al acto conmemorativo de los 75 años de nuestra Corporación.

En la misma sesión se acordó nombrar miembros correspondientes a los señores José Durand Flórez, Horacio Villanueva Urteaga, Alfredo Yépez Miranda, Manuel Jesús Aparicio, José de Mesa, Teresa Gisbert y Monseñor Severo Aparicio Quispe O. de M.

El día 30 de junio numerosos miembros de nuestra Corporación se dieron cita para acompañar los restos de don Jorge Basadre G. hasta el Cementerio El Angel. Nuestra Institución expresó la congoja que la embargaba por tan irreparable pérdida a través de las palabras de nuestro Presidente Dr. Félix Denegri Luna.

En la sesión del 16 de julio de 1980, la Junta Directiva rindió homenaje en recuerdo del ilustre miembro de nuestra Academia don Jorge Basadre, guardando un minuto de silencio.

El 31 de octubre de 1980 nuestra Academia recordó los Setenticinco años de su creación. El solemne acto se realizó en el amplio ambiente del Museo de Historia y contó con la asistencia del Presidente de la República arquitecto Fernando Belaúnde Terry, los presidentes de las Cámaras Legislativas, el Presidente del Jurado Nacional de Elecciones, el Ministro de Educación, el Alcalde de Lima y otras personalidades del país y del extranjero. El discurso de orden, que reproducimos a continuación, estuvo a cargo del académico José Agustín de la Puente Candamo.

DISCURSO DEL DR. JOSE A. DE LA PUENTE

La Academia Nacional de la Historia, con gratitud, recuerda en esta sesión pública sus setenticinco años de vida.

Bien sabemos que en las instituciones el lapso que ahora contemplamos no representa un tiempo esencial. Sin embargo, es una jornada válida para precisar la fidelidad a la idea de la fundación. Desde 1905, hombres de distintas generaciones, de una u otra provincia del Perú, de concepciones intelectuales diversas, se han congregado bajo el signo de esta Academia para investigar y conocer mejor la historia nacional, afirmar un veraz retrato del Perú y proponer caminos de serenidad que nos aproximen a la vocación del Perú.

Nuestra Corporación debe expresar ahora su agradecimiento al Presidente José Pardo y Barreda, de limpia memoria y que vivió con prestancia la tradición intelectual de su familia; y a Jorge Polar, Ministro de Justicia, Culto e Instrucción, arequipeño viejo, "reservado, de temple romántico, poeta y ensayista", como lo define Víctor Andrés Belaúnde; quienes con clara visión del porvenir del Perú, crearon con autoridad nuestra Academia. Gracias igualmente a Eugenio Larrabure y Unánue, Primer Presidente de nuestra Casa, que heredó de su ilustre abuelo el cariño al Perú y el ánimo de estudiarlo, y a la primera promoción de Miembros de Número que señaló el rumbo de trabajo.

Los discursos de Larrabure, del Ministro Polar y del Presidente Pardo, en el Acto Solemne del 29 de Julio de 1905, subrayan con pulcritud los fines del Instituto, el estado de los estudios históricos, y el magisterio de la disciplina.

Asesorar al Estado en materias de la competencia; estudiar y editar testimonios históricos; preparar y promover trabajos monográficos y de conjunto sobre la vida del Perú; conservar monumentos nacionales de carácter arqueológico o artístico. Estos, los objetivos que se enaltecieron en la ceremonia de instalación pública.

Larrabure y Unánue presenta un panorama del estado de los estudios históricos. Habla de Garcilaso, nuestro gran Garcilaso de la Vega; de Cieza de León —el príncipe de estos escritores—; menciona a Jerez, Zárate, Poño de Ondegardo, Fernández de Oviedo, Las Casas, Acosta, entre otros.

Jiménez de la Espada, Robertson, Markham, Prescott, los cita Larrabure entre los más cercanos. Y recuerda a Santiago Távara, José Casimiro Ulloa, José Antonio de Lavalle, Pablo Patrón, Nemesio Vargas.

Recuerda, en fin, a Manuel de Odrizola, a Mariano Felipe Paz Soldán y a Manuel de Mendiburu, que no llegan a este siglo y que son fundamento irremplazable de la historiografía moderna del Perú.

Hoy, a los 75 años de este encomio, los profesores de Historia del Perú podemos afirmar la vigencia de las fuentes que Larrabure recordó en una Sesión Pública análoga a la que ahora nos congrega.

Es notorio el progreso en metodología, en erudición, en nuevos planos de trabajo, en nuevas hipótesis, sin embargo, Paz Soldán y Mendiburu están muy cerca de todos nosotros cuando preparamos nuestras clases. Este el mejor elogio de estos hombres que en momentos difíciles y en empeños meritorios de verdad, sirvieron al país.

Considera Larrabure las diversas épocas de nuestra historia; dedica atención al conocimiento preincaico, aun borroso en esos años y enaltece la revolución de Túpac Amaru cuyo bicentenario el Perú recordará dentro de pocos días.

El discurso de Jorge Polar, Ministro de Justicia, Culto e Instrucción, es un bello elogio de la historia y propone un esquema amplio y generoso del Perú.

Son palabras suyas: "Un pueblo no debe olvidar jamás sus tradiciones, los ejemplos de sus mayores, sus glorias, sus infortunios y para esto es necesario que haya quien se los recuerde, pero quien se los recuerde, no con algún espíritu estrecho de división ó de partido, sino con alto espíritu nacional".

"La historia es la reconciliación suprema de todos los hijos de una patria. Cuando recordamos los hechos de nuestros mayores, en ellos nos sentimos profundamente unidos todos los peruanos".

La preocupación del Presidente Pardo por los temas ligados a la educación está presente en el discurso que pronunció en la ceremonia de 1905. Enaltece la paz que vive la República y subraya el deber del Estado de

estimular los estudios de Historia Nacional decisivos, expresa, "para formar el carácter nacional".

Nuestra Academia tiene en la vida peruana antecedentes muy representativos. Están las agrupaciones del siglo XVIII; el ejemplo preclar de la Sociedad Amantes del País; el nexo cierto, aunque más lejano, con la Sociedad Patriótica de los días de San Martín; el grupo que editó la Revista de Lima, y más tarde el Ateneo, la Sociedad Geográfica, la Academia de la Lengua, son entes que de algún modo preparan el derrotero de nuestra Institución.

"Los estudios históricos dieron un gran avance en el Perú en el primer lustro del siglo a consecuencia de las investigaciones hechas en España por nuestros alegatos en las cuestiones de límites con Ecuador y Bolivia. Las publicaciones de estas voluminosas colecciones documentales fueron el aporte de mayor significación a nuestra historia después del Diccionario de Mendiburu y las colecciones de Odriozola. Era natural que el gobierno que había alentado nuestra defensa y, por consiguiente, la búsqueda y organización de nuestra prueba, pensara en que era indispensable que aquellos estudios continuasen no sólo con una finalidad diplomática y jurídica sino por una autónoma finalidad cultural. Y surgió la idea de la fundación del Instituto Histórico. Hay que atribuirlo al Presidente Pardo y a dos universitarios ilustres, que desempeñaban entonces los Ministerios de RR. EE. y Educación, Javier Prado y Jorge Polar".

Sin embargo, aparte de los antecedentes señalados y aparte, asimismo, de la importancia de los estudios históricos que justifican la formación de nuestra Academia, el cálido ambiente nacionalista en los días clásicos de nuestra reconstrucción después del Tratado de Ancón, está, sin duda, en el meollo mismo de un renovado cariño, de una renovada urgencia por los estudios peruanistas. Este uno de los carismas que tipifican el ambiente peruano de las postrimerías del siglo XIX y de los primeros lustros de este siglo.

En esta memoria cordialísima de la generación de nuestros abuelos es legítimo enaltecer la prestancia y la fuerza creadora de ese tiempo en la vida del Perú.

Agobiados por el dolor y el sufrimiento múltiple de la derrota, los peruanos del principio de esta centuria siguieron la huella de quienes desde 1883 se esforzaron por levantar el Perú de la postración, consecuencia de la guerra. Es un bello triunfo del espíritu. El renacimiento del Perú no es obra de un hombre o de un partido político o de una clase social; tampoco es consecuencia de un triunfo económico o de alarde material alguno. Es, sí, la victoria que nace y madura en la secreta intimidad de cada peruano y que renueva la decisión de luchar porque el Perú siga siendo el Perú, en expresión de Jorge Basadre.

Frente al pesimismo y a la visión negativa de nuestras cosas, actitudes para las cuales es proclive el hombre peruano, la reconstrucción nacional que se desarrolla en los días de la creación de nuestra Academia, es de verdad

una epopeya silenciosa y eficaz, obra del cariño, coraje moral y voluntad de trabajo.

Bajo este signo espiritual y para servir al Perú a través del conocimiento de su historia, el Estado fundó nuestra Corporación.

Creado el Instituto el 18 de febrero, el 8 de marzo, por Resolución Suprema, se indica quienes lo integrarán.

Es justo que recordemos a los primeros miembros que iniciaron la tradición y crearon la propia personalidad de la Academia.

Es variado en generaciones y en la diversa actitud frente a la Historia, la promoción fundacional.

Eugenio Larrabure y Unánue, elegido por sus colegas Primer Presidente, y que ha recibido de su ilustre abuelo la preocupación por los temas peruanos; Sebastián Barranca, hombre de ciencia, quechuista famoso; Nemesio Vargas, gran lector, independiente y veraz en su juicio, apasionado defensor de las tesis peruanas en su utilísima Historia del Perú Independiente; Rosendo Melo, estudioso del Callao y de nuestra Marina de Guerra; Pablo Patrón, erudito, a quien debemos valiosos trabajos; Carlos Romero, bibliófilo, erudito conocedor de nuestro pasado antes de la forzosa especialización de nuestros días, Director de nuestra Revista más de treinticinco años; José Toribio Polo, el erudito clásico del siglo XIX, creador de la primera biografía de Rodríguez de Mendoza; Emilo Gutiérrez de Quintanilla, Director del Museo Nacional, crítico, e historiador del arte; Aníbal Gálvez, que en sus bellos opúsculos sobre la época precursora nos ha legado un valioso aporte; José Augusto de Izcue, a quien debemos trabajos sobre San Martín; José Agustín de la Puente y Cortés, amante y estudioso de la Historia Nacional y conocedor de nuestras tradiciones; Víctor Maurtua, defensor de los derechos del Perú; Luis Varela y Orbegoso, genealogista, investigador de la sociedad virreinal; Monseñor Carlos García Irigoyen, autor de una biografía de Santo Toribio; el General Juan Norberto Eléspuru, combatiente en el Dos de Mayo y en San Juan y Miraflores; Manuel Jesús Obín y Charún, periodista, funcionario público, autor de los Anales Parlamentarios del Perú; Pedro Emilio Dancuart, quien publica los Anales de la Hacienda Pública; Carlos Paz Soldán, periodista, autor de valiosas monografías; Modesto Basadre y Chocano, el decano de los fundadores, quien por su edad no aceptó la designación; Enrique Benites, autor de interesantes textos escolares; Carlos Larrabure Correa, que nos ha dejado una valiosa colección de documentos sobre Loreto; Mariano H. Cornejo, político y sociólogo; Mariano Ignacio Prado Ugarteche, Profesor de Historia Crítica del Perú; Javier Prado y Ugarteche, Rector de la Universidad de San Marcos y estudioso de la vida social durante el virreinato; Miguel Antonio de la Lama, Profesor de Derecho, publicó textos históricos; Teodorico Olaechea, Profesor en la Escuela de Ingenieros, conocedor de nuestras riquezas naturales; Celso Zuleta, Coronel del Ejército, autor de una Historia Militar; José Ramón de Idiáquez, funcionario público, viajero, estudioso de nuestra realidad; Ricardo

García Rosell, investigador de nuestra historia y geografía; Marco Aurelio Cabero, autor de eruditos trabajos genealógicos.

En fin, es válido que la última mención se dedique a don Carlos Wiese y Portocarrero, Profesor en San Marco, investigador, maestro que supo despertar vocaciones, y hombre que con sus textos escolares escritos con limpieza, generosidad humana y profundo cariño al Perú, es un nexo entre los días posteriores a la guerra con Chile y la generación en los años treinta que aprendió a conocer y a querer más y más al Perú en las páginas de serenidad e invitación a la concordia, de don Carlos Wiese.

Estos hombres, que conocen al Perú desde sus diversos ángulos y que han vivido una experiencia humana valiosa en lo intelectual y en lo afectivo, se reúnen en la tradicional calle de los Estudios, con la vecindad gratísima de la Biblioteca Nacional, del Archivo Nacional y de la Sociedad Geográfica, en un país que renace con ánimo vivísimo y en una ciudad pequeña que no había perdido su estilo y su carácter. Lima en esas horas no pasaba de los ciento cincuenta mil habitantes, mantenía intacto su diseño tradicional, y en el orden urbano la Avenida de la Colmena, la Plaza Bolognesi y la Avenida del Brasil eran los adelantos del momento, cuando aún recorrían nuestras calles ante el respeto o la polémica de los vecinos, Cáceres e Iglesias, Nicolás de Piérola, Ricardo Palma y Gonzáles Prada.

La llegada del automóvil y de la máquina de escribir y la pasmosa presencia de la luz eléctrica anuncian el principio de un nuevo tiempo en el ámbito de las costumbres.

Desde esas horas nuestra Corporación está presente en la vida peruana, y su opinión erudita, el estímulo de los estudios históricos, la publicación de testimonios valiosos, y la organización de certámenes académicos, son manifestaciones ordinarias de su vida.

Luego de la Presidencia de Don Eugenio Larrabure, de 1905 a 1916, el General Eléspuru dirige la Corporación hasta 1923. Después de un breve mandato de Felipe de Osma y Pardo, Emilio Gutiérrez de Quintanilla es Presidente entre 1924 y 1926. Entre esta fecha y 1946, dirige la Academia Mariano Ignacio Prado Ugarteche.

Víctor Andrés Belaúnde, Luis Alayza y Paz Soldán, Oscar Miró Quesada, gobiernan el Instituto en los años cuarenta y cincuenta.

Entre 1956 y 1979, antes de la actual Presidencia de Félix Denegri Luna, presiden la Institución Jorge Basadre, Aurelio Miró Quesada y Guillermo Lohmann Villena.

Entre estas sucesivas direcciones se incorporan a nuestra Casa hombres de las nuevas generaciones y se incorporan, igualmente, corrientes intelectuales y métodos distintos, que enriquecen la obra de la Corporación.

Tal vez, la Revista Histórica, que llega al volumen treinticinco publicado hace pocos meses, es aporte que no puede omitirse en la bibliografía peruana. Al recorrer sus páginas uno descubre el nombre del erudito con largos años, o del profesor con experiencia, cerca de los nuevos investigadores y de las promociones universitarias recientes: y pueden seguirse en sus

volúmenes aportes documentales, estudios biográficos y análisis minuciosos de diversos acontecimientos históricos.

Carlos A. Romero, Miembro Fundador de la Academia, fue Director de la Revista desde 1906 hasta 1943 y editó los primeros dieciséis volúmenes. Su obra debe recordarse.

Luego, dos volúmenes responden a la Dirección de Luis Alayza y Paz Soldán, Raúl Porras Barrenechea, Manuel Moreyra y Paz Soldán y Luis E. Valcárcel.

Se le debe a Manuel Moreyra y Paz Soldán la dirección desde 1953 hasta 1967, lapso en el cual edita trece volúmenes.

Desde 1978 la Dirección de la Revista Histórica la desempeña Aurelio Miró Quesada Sosa.

Aparte los certámenes académicos sobre Peralta y el Mestizaje, aparte las ediciones de documentos, la Academia ha estado presente en todas las actividades de interés nacional para las cuales se solicitaba sus servicios.

Si abandonamos la que podríamos entender como historia externa de la Academia, y nos acercamos a los estudios históricos mismos, es interesante y aleccionador contemplar el actual nivel de conocimientos y los problemas que hoy día encaramos, y ponderar del mismo modo la visión del Perú que investigaban y enseñaban los creadores de esta Corporación.

En el campo de la arqueología, en todo el mundo de lo Pre-Incaico, es pasmoso el enriquecimiento y el conjunto de hallazgos que permiten reconstruir de un modo cada día más amplio y profundo la vida de los peruanos de las edades remotas.

La cronología con el apoyo de las técnicas más modernas nos descubre año a año una antigüedad mayor en las edades de nuestros antepasados más lejanos, y en el mundo ha ganado personalidad propia el testimonio técnico y artístico de los primeros peruanos.

Tal vez, en estos setenticinco años, es la arqueología peruana la disciplina que ha ganado mayor autonomía, profundidad y fuerza.

Desde otro ángulo, el conocimiento del mundo incaico, el análisis de sus fuentes, el estudio de los cronistas, de la organización social, de la cultura, de la vida religiosa, han modificado radicalmente la imagen del incario de los primeros años de este siglo. Se ha perfeccionado del mismo modo, la interpretación del Imperio Incaico desde una u otra óptica.

Es otro el conocimiento que de la Conquista y Virreinato tenemos hoy entre las manos. Se han perfeccionado o rectificado biografías conocidas; se han exhumado personajes inéditos; la actitud social, ideológica y política, de los hombres de la conquista, ha merecido diversos análisis; se han estudiado con minuciosidad erudita instituciones e ideas de la época virreinal, y se ha insistido en la historia no simplemente exterior o política de esas edades.

Igual puede decirse en cuanto a mayor densidad de conocimientos y mayor número de interpretaciones sobre la época de la Independencia. El tema del ambiente de esos años, la presencia peruana en el tiempo precursor, el análisis de las causas y del pensamiento de la época, se han incorporado a

la historia heroica y guerrera que se enseñaba a principio de siglo. Aportes documentales valiosísimos permiten hablar hoy día del "cuerpo documental peruano" sobre la Independencia y permiten demostrar el germen de la lucha.

Igualmente, el conocimiento de la Historia de la República ha ganado en amplitud y profundidad. Se han publicado archivos de hombres dirigentes; se han editado memorias y monografías; se han desarrollado polémicas ilustrativas, y el aporte de los periódicos y de cuadros estadísticos, y de movimiento comercial, han permitido aproximarnos a la reconstrucción de un cuadro en el cual no está solo el gran personaje y donde sí aparecen las formas de vida y diversas manifestaciones de conducta.

Creo que es pertinente quebrar en este momento el método del discurso para decir con nombre propio la gratitud que le debemos a Jorge Basadre por su obra erudita y por su visión del Perú Republicano.

Mucho más podría decirse. Han ganado personalidad propia en nuestro medio los estudios de etnohistoria y genealogía; la numismática se ha perfeccionado en técnicas y sistema; se han publicado colecciones documentales con la mejor técnica; se ha encarado y se encara con entusiasmo la historia económica y social; es anhelo de todos reconstruir la vida del hombre común; se han publicado biografías valiosas y estudios histórico-jurídicos sobre la soberanía del Perú e historia de la Iglesia; e historia del arte.

El método se ha perfeccionado y el rigor en la investigación es más exigente. Se usa habitualmente en las universidades el método más moderno en el manejo de las fichas y se ha adelantado en el mundo americano y universal del tiempo.

Otra nota positiva de nuestra época es la singularidad que ha ganado la especialidad de Historia. Hoy día la historia es una profesión con una entrega humana permanente y con un lugar muy claro en la vida universitaria y en los centros de investigación. Cada vez nos alejamos más del diletantismo y de la afición.

Este breve escaqueo podría indicarnos que todo es positivo y que la tarea esencial se ha realizado. Sin embargo, bien sabemos que no es este el estado de la disciplina. Lapsos muy extensos de nuestra vida, instituciones, personas, ideas, fuentes identificadas y sin trabajar, nos indican que si bien es cierto un positivo adelanto en los setenticinco años que ahora recordamos, es mucho más la tarea que se debe emprender.

No obstante, el problema medular de la hora presente se encuentra tal vez en la actitud del hombre peruano frente a su historia. Dramática ignorancia en muchos casos; desinterés en otros; visión pesimista y negativa en las generaciones jóvenes y en gente frívola de otras edades; ignorancia frente a lo que la historia es y significa para la vida del hombre y de la comunidad, son algunas de las notas más graves en un diagnóstico veraz de la posición del hombre de nuestros días.

Es tarea de la historia demostrar en primer término su vigencia en la realidad misma de todos los días como parte que es de nuestro ser. Es ne-

cesario que en el aula escolar y universitaria sin leyendas benévolas ni prejuicios negativos, se explique la formación del Perú como una síntesis fruto de culturas diversas, de mundos distintos.

En países como el nuestro en vías de desarrollo o con desarrollo desigual, los apremios económicos y sociales pueden indicar con falsedad que la historia es un adorno, un elemento anacrónico o una disciplina pintoresca o incómoda. Sin embargo la realidad es muy distinta. Un pueblo que niegue su historia, que la ignore o la desdigne, de alguna manera se mutila y puede aproximarse al caso anormal del hombre amnésico.

En la primacía de la ciencia y de la técnica que hoy preside la vida del hombre, es empeño de corporaciones como la nuestra insistir en el necesario estudio de la historia propia para fortalecer una válida, eficaz, personalidad nacional, que no tenga un único y variable apoyo afectivo, y sí se afirme en las raíces que la propia historia ha madurado.

Tal vez en el Perú más que en otros pueblos la historia encierra en sí misma una virtud ejemplar y creadora. Las naciones son obra de la historia en la libertad que Dios reconoce en el hombre. La historia del Perú y no otra disciplina nos puede enseñar y nos enseña cómo se ha creado este pueblo y ella puede ser testimonio de la unidad compleja fruto de la variedad creadora del Perú.

¿Cuáles son las posibilidades nuestras en este campo? La unidad compleja sobre las peculiaridades que es signo de lo peruano, nos propone una alternativa: fortalecer las singularidades para forzar un pluralismo contra la síntesis que ha creado la historia, o, de otro lado, subrayar los elementos comunes para ganar una disminución de los matices y un fortalecimiento de la síntesis, común denominador.

O fortalecemos la unidad —con variantes y fuentes distintas— que con defectos, limitaciones, errores e injusticias, ha creado la historia como columna central de la nacionalidad, o se presentará una angustiada incertidumbre frente al ser mismo del Perú.

¿Cuál es el aporte que la Historia puede ofrecer al Perú de la hora presente? Investigar y conocer mejor la formación de nuestra comunidad; analizar y ponderar las experiencias; aportar al estudio de los problemas actuales las luces de la historia sobre antecedentes y origen de la cuestión; ofrecer criterios para el fortalecimiento de la vocación nacional, síntesis de variedades; difundir entre los peruanos la verdad de nuestro ser mestizo en los diversos campos de la vida.

Curiosa incoherencia debemos vencer los peruanos. Somos un pueblo mestizo, mas, no es general entre nosotros, ni amplia siquiera, la conciencia de esa realidad.

País el nuestro con historia apasionante, densa y remota, es penoso advertir cómo esta verdad indudable no llega al hombre nuestro y cómo hay una especie de ruptura, en unos casos secreta, en otros muy notoria, entre el hombre y su pasado, con el cual no advierte vínculo alguno.

Esta es tarea sin término cronológico y que puede presentarse tal vez

como imposible o sumamente lejana. Sin embargo, si en el aula y en la vida de familia se recupera la solidaridad con el pasado; si se advierte que el pasado es parte de nuestro ser, las generaciones que nos sigan pueden ganar, sin duda, otra posición frente a la historia y otra actitud frente a futuro del país.

La obra del historiador no se desarrolla fuera de la realidad. Es parte del presente. El recuerdo no está frente a nosotros, está en nosotros.

Al lado de la lucha por la libertad y la justicia, la historia está alerta y silenciosa, nos señala un tono, nos dice una forma de conducta, orienta nuestro comportamiento.

Si en la época de Garcilaso la afirmación del hombre mestizo, del hombre nuevo que aparece, es objetivo fundamental de la historia; si en los días de Peralta y Llano Zapata, el signo es estudiar la realidad peruana para una mejor información; si en las horas de Unánue y el Mercurio Peruano, se quiere exponer la verdad del Perú frente a los errores que se difunde en el extranjero; si en la época de Mendiburu y Paz Soldán se quiere ganar un conocimiento más erudito y sistemático del pasado peruano; si la generación del novecientos estudia lo nuestro con esperanza en el renacimiento del Perú; si la generación de la reforma universitaria aporta valiosos planteamientos ideológicos y sociales; la historia exige en nuestro tiempo un análisis agudo, objetivo y profundo que aproxime a los peruanos a una actitud clara y cierta frente a la vocación nacional.

Esta la gran tarea de la historia en nuestros días.

En esta casa en la cual Bolívar recibió la noticia del triunfo de Ayacucho, y en este pueblo de la Magdalena Vieja de rica historia prehispánica y virreinal, y que en la República asumió función directiva en horas de dolor, reafirmemos nuestra fe en la Historia y nuestra voluntad de estudiar con ánimo erudito y visión amplia, la vida de nuestro país.

En el bicentenario de la Revolución de Túpac Amaru en defensa de la justicia, en el centenario de la muerte de Bolognesi en la epopeya de Arica, la conmemoración de nuestra Academia aparece minúscula y diminuta, y sería trivial y frívola, si no viviera en ella, como de verdad vive, el acatamiento y la gratitud que debemos a los hombres forjadores de la Independencia y defensores del Perú en horas de profundo dolor.